

POR PEDRO CARLOS GONZÁLEZ GUEVAS

LEÓN TROTSKI

Los infortunios de las políticas de fe



En uno de sus ensayos más lúcidos, el filósofo británico Michael Oakeshott distinguió entre «políticas de fe» y «políticas de escepticismo». La primera tiene como fundamento la capacidad de los seres humanos para perfeccionarse mediante sus propios esfuerzos, posibilitados por el descubrimiento de métodos para difundir el poder del Estado como instrumento esencial para el control y diseño y el perfeccionamiento de los individuos. Es el triunfo de lo que Oakeshott denomina «racionalismo político»; y Friedrich Hayek, «constructivismo». Es el modelo político propugnado por Juan Jacobo Rousseau y Karl Marx. Frente a ello, la «política de escepticismo» tiene como fundamento las restricciones humanas. Y es que la experiencia histórica es tan variada y compleja que jamás podrá triunfar ningún plan de ordenamiento y reconstrucción de los asuntos humanos; de ahí la importancia de tener en cuenta los contextos históricos y las tradiciones de las sociedades concretas. Es la posición de Michel de Montaigne, Blaise Pascal, David Hume, Edmund Burke, el propio Oakeshott, Raymond Aron, o Karl R. Popper.

Aparte de la efímera experiencia jacobina, durante la Revolución francesa de 1789, basada en la lectura de Rousseau -lo que el historiador Jacob Talmon denominó «democracia totalitaria»-, el ejemplo contemporáneo más significativo e influyente fue, sin duda, la Unión Soviética. El primer modelo constitucional marxista significó, en la práctica, un retorno al absolutismo, con la diferencia de que el titular de la soberanía no era ya un príncipe, sino el partido único, que, por dogmática definición, encarna los intereses y la voluntad de la clase obrera.

El dogmatismo bolchevique no pasó desapercibido a los contemporáneos. No pocos intelectuales progresistas de la época se sintieron seducidos, en un primer momento, por las promesas presentes en el proyecto bolchevique. No obstante, algunos tuvieron la suficiente lucidez para percibir sus rasgos más brutales e hirientes. El filósofo británico Bertrand Russell, uno de los padres de la filosofía analítica, tuvo oportunidad de visitar la Unión Soviética en 1920 y de entrevistarse con el propio Lenin. Su impresión no pudo ser más negativa. Como sostuvo en su ensayo *Teoría y práctica del bolchevismo*, refiriéndose al líder soviético: «Parecía una reencarnación de Cromwell, con las mismas limitaciones: ortodoxia absoluta. Pensaba que una proposición podía probarse citando a Marx. Y era incapaz de suponer que hubiera algo en Marx que no estuviera bien». Tal dogmatismo era incompatible con el escepticismo filosófico y político propugnado por Russell, quien, como es sabido, se autodefinió como «escéptico apasionado».

Sin embargo, no fue Lenin, a nuestro entender, quien encarnó, dentro del campo bolchevique, los rasgos más dogmáticos de la «política de fe»; lo fue León Trotski, quien llegaría a decir a sus partidarios: «Aquel que propugna el escepticismo teórico es un traidor». No en vano, el filósofo Leszek Kolakowski señalaría que, pese a sus choques con el dictador soviético, «Stalin fue Trotski *in actu*».

Nacido en Yanovka (Ucrania) el 27 de octubre -o el 7 de noviembre de 1879-, Lev Davidovich Bronstein fue miembro de una familia de pequeños terratenientes de origen judío. Asistió a la escuela en Odessa y Nokolayek. Se hizo marxista a los dieciocho años. Estudió matemáticas durante unos meses en la Universidad de Odessa, pero pronto se dedicó a la política y militó en la Unión de Trabajadores del Sur de Rusia. A comienzos de 1898, fue detenido; pasó dos años en prisión y fue condenado a otros cuatro de exilio en Siberia. Durante estos años, prosiguió su formación intelectual y allí pronunció conferencias y publicó artículos no sólo de contenido político, sino literario y artístico.

A diferencia de otros líderes bolcheviques, fue un buen escritor y estuvo interesado por la vida cultural. Era, además, un gran orador. Sin embargo, como tendremos oportunidad de ver, fue, como Lenin, un pensador dogmático incapaz de someter a crítica cualquier supuesto marxista. En el fondo, fue un «historicista» —en el sentido que emplea este concepto Karl R. Popper—, es decir, un firme creyente en las «leyes de la historia» establecidas por Karl Marx en sus obras. Como veremos, a partir de tales premisas se apresuró a legitimar las decisiones políticas más drásticas y brutales.

Huyendo del destierro con un pasaporte falso, con el nombre de «Trotski», con el que sería conocido históricamente, se reunió con Lenin en Londres en 1902, y pasó a ser colaborador de *Iskra*. Sus relaciones con el líder bolchevique no fueron buenas. Durante algunos años, estuvo en el campo de los mencheviques, pero rompió con ellos por su alianza con los liberales. Incluso acusó a Lenin de pretender convertir el partido en una secta, en vez de una organización defensora de los intereses de la clase trabajadora. Sin

embargo, como luego veremos, posteriormente se convirtió en uno de los más férreos y fervidos seguidores de los principios organizativos leninistas.

A la luz de la revolución rusa de 1905, Trotski afirmó que, dada la situación social y económica de Rusia, la «revolución burguesa» debía ser seguida de una revolución de carácter socialista. Como expondría en su teoría de la «revolución permanente», el triunfo socialista en Rusia debía de ser seguido por levantamientos y guerras civiles en el conjunto de los países europeos. Y, si no sucedía esto, la revolución rusa sería incapaz de sobrevivir, por la debilidad y el carácter minoritario del proletariado frente a la oposición de las masas campesinas.

Cuando estalló la Gran Guerra, perteneció al ala antibélica de los socialistas y se unió a Lenin contra el denominado «patriotismo social». Finalmente, se unió a los bolcheviques, aunque Lenin no dudó en calificarle sucesivamente de intrigante, «pequeño Judas», comediante y hombre «sin principios». Sin embargo, Trotski se convirtió en una de las personalidades más decisivas y representativas del proceso revolucionario ruso que arrancó de 1917. Fue el organizador del Ejército Rojo y ocupó los cargos de presidente del Soviet Militar Revolucionario, comisario del Pueblo para Asuntos Militares y Navales de la Unión Soviética, y comisario para los Asuntos Exteriores de la RFFS de Rusia. Además, negoció la retirada de Rusia de la Gran Guerra mediante la paz de Brest-Litovsk.

Muy interesante y decisiva fue su teorización del bolchevismo. Su odio hacia los revisionistas y socialdemócratas, como Karl Kautsky, fue más intenso aún que el del propio Lenin. Trotski contestó a la obra de Kautsky, *Terrorismo y comunismo*, con el panfleto titulado *En defensa del terrorismo*, una de las teorizaciones más elocuentes y coherentes de lo que posteriormente se ha denominado «totalitarismo». Para Trotski, la defensa de las libertades civiles y de las instituciones liberales no eran otra cosa, en aquellos momentos, que «majaderías kantiano-cuáqueras-liberal-vegetarianas», e iban en contra las «leyes de la historia».

En la dictadura del proletariado, el partido revolucionario debía ser la suprema corte de apelación y tener la última palabra en todas las cuestiones importantes y decisivas. En la sociedad socialista, no desaparecería la compulsión económica y política, sino que jugaría un papel esencial. También el trabajo debía ser militarizado. Y es que la dictadura del proletariado era «la forma más implacable de Estado, que abarca toda la vida de los ciudadanos en todas las direcciones». Trotski fue partidario de la industrialización a ultranza y de la colectivización de la agricultura y de la expropiación de los kulaks. Igualmente, de la conversión de los sindicatos en órganos del Estado, cuya función sería disciplinar y controlar la mano de obra.

Tras la muerte de Lenin, en 1924, fue completamente imposible evitar la formación abierta de grupos o tendencias en el seno del partido. Trotski y Stalin, como secretario general del partido, representaron dos tendencias divergentes de cara al futuro. Eran dos personalidades distintas e incluso antagónicas, unidas, sin embargo, por el fanatismo revolucionario. Por eso, comparar las dos figuras puede ser revelador de sus respectivas alternativas. Trotski era un orador espectacular; Stalin carecía de elocuencia. El talante de Trotski era el de un intelectual, imaginativo y arrebatador; Stalin era introvertido, pero astuto, el típico apparatchik. Al primero le seducía la teoría y la literatura y era un buen escritor; Stalin solía ceñirse siempre a los hechos, era un pragmático. Trotski se solía equivocar en la valoración de las personas; Stalin era sinuoso, paciente y cauto.

El georgiano y sus partidarios supieron, sin embargo, explotar hábilmente todas las debilidades del ucraniano: su pasado menchevique, su apoyo a la militarización del trabajo, sus críticas a la Nueva Política Económica, sus antiguas disputas con Lenin, etc. Y, a su vez, crearon la doctrina del «trotskismo» como una especie de maniqueo. Opusieron la doctrina del «socialismo en un solo país» a la «revolución permanente». Le acusaron de «subestimar» el papel del campesinado y de pretender restaurar el capitalismo en Rusia. De aceptar la coexistencia pacífica entre revolucionarios y oportunistas y de calumniar a los líderes bolcheviques. Pronto, Trotski fue aislado y marginado, siendo expulsado del Politburó en otoño de 1926 y del partido un año después. Luego fue deportado a Kazajistán. Se exilió en Turquía en febrero de 1929 y, cuatro años después, en Francia, luego en Noruega y, finalmente, en México.

Durante su exilio, se dedicó, sobre todo, a la escritura. Escribió una amplia *Historia de la revolución*

rusa, en cuyas páginas intentó probar que el desarrollo de los acontecimientos le había dado la razón en sus predicciones, especialmente su idea de «revolución permanente». Redactó también una autobiografía, *Mi vida*, excelentemente escrita. Mientras tanto, sus partidarios iban siendo despiadadamente exterminados en Rusia. Trotski fundaría en París la IV Internacional, que resultó un fracaso absoluto, en parte por el estilo dictatorial que imprimió a su organización y por su convicción de omnisciencia que intentó insertar en el nuevo movimiento. Todos los intelectuales que apoyaron a su causa, en un primer momento, como Boris Souvarine, Victor Serge, Sidney Hook, James Burnham o Diego Rivera, terminaron por abandonarlo. Algunos evolucionaron hacia posiciones liberales y conservadoras.

Trotski dedicó sus últimos años al análisis del sistema soviético, en obras como *La revolución traicionada*, *Problemas del desarrollo de la URSS* y biografías dedicadas a Stalin y Lenin. Su tesis era que, bajo la férula del dictador georgiano, la revolución de 1917 había llevado a la instauración de la hegemonía de una «burocracia parasitaria». Hizo referencia igualmente al «bonapartismo» staliniano. Sin embargo, nunca cuestionó el carácter socialista del régimen soviético que tanto había contribuido a instaurar. Criticó igualmente el abandono del internacionalismo proletario, consecuencia de la doctrina del «socialismo en un solo país», del que habían sido víctimas los procesos revolucionarios de Alemania, China o España. Trotski interpretó la Guerra Civil española como una lucha proletaria por la revolución socialista, característica de uno de los eslabones más débiles del capitalismo en Europa. El análisis trotskista del fascismo careció de originalidad. Como la democracia liberal, se trataba de un instrumento de explotación y de la hegemonía de la burguesía financiera. Su base social eran las clases medias y la pequeña burguesía. Con respecto al *New Deal* de Roosevelt, lo juzgó como un proyecto reaccionario, fruto de la decadencia capitalismo norteamericano y mundial. Incluso llegó a profetizar el triunfo del comunismo en Estados Unidos.

Finalmente, León Trotski fue cruelmente asesinado el 20 de agosto de 1940 en Ciudad de México por el comunista español Ramón Mercader del Río, militante del PSUC, que, como recompensa por el acto, recibió la ciudadanía soviética y fue nombrado Héroe de la URSS.

El balance de la trayectoria vital del revolucionario ucraniano fue una sucesión de clamorosos fracasos políticos y teóricos. Realmente, no aportó nada nuevo a la teoría política marxista o leninista. De su obra, tan sólo permanecen sus escritos autobiográficos o sus retratos de Stalin o Lenin. Su teoría de la «revolución permanente» se mostró abstracta e ineficaz. Sin duda, su participación en el proceso revolucionario ruso de 1917 fue de gran importancia, pero, tras su derrota ante Stalin, fue incapaz de reconocer que buena parte del desarrollo político de la Unión Soviética se debía a su pensamiento político, junto al de Lenin. De haber triunfado, la realidad soviética no hubiera sido excesivamente diferente. Las coincidencias entre él y su mortal enemigo eran tan grandes como sus discrepancias.

Trotski fue el teórico más coherente del totalitarismo comunista, incluso más que el propio Lenin. Y es que fue un político y un doctrinario extraordinariamente dogmático e intransigente. Como hubiera dicho Raymond Aron, un auténtico «confidente de la Providencia». En gran medida, fue uno de los responsables, en alto grado, de una de las más catastróficas quiebras de la historia contemporánea mundial. Sobre aquel acontecimiento luctuoso, la Historia, con el testimonio irrecusable de las consecuencias, ha pronunciado ya su inapelable sentencia condenatoria. Una muestra fehaciente de los peligros de la «política de fe», que algunos pretenden repetir.



Actividad subvencionada por el Ministerio de Cultura